

Joan Fuster

EL MUNDO DE LORENZO VILLALONGA

«Es una de las novelas más corrosivas que conozco; este Villalonga es un anarquista vestido de señor.» Así nos lo aseguraba un día, no hace mucho, y en la misma Mallorca, Camilo José Cela. Su aspecto, recién estrenado, de senador ochocentista, daba a la opinión pronunciada una respetable gravedad. Y, claro está, lo inmediato era sacar la correspondiente conclusión: si al autor de *La colmena* le parece un libro corrosivo, ¿qué dirá el lector corriente y moliente de estas latitudes, fatalmente pacato y partidario de las amabilidades? El escándalo local fue famoso; ahora las palabras de Cela nos aumentaban la curiosidad por conocer en qué consistía y si había algo más que ruido en aquellas nueces.

Confieso que no había leído aún *Mort de Dama*. En 1931 se hicieron dos ediciones, en seguida agotadas; luego se tradujo al castellano y al alemán. Lorenzo Villalonga acaba de darnos la versión definitiva del libro (Editorial Selecta, 1954), y ésta ha sido la oportunidad para que volviese a ser puesta sobre el tapete la personalidad del autor y el alcance de la obra. Quien haya sido asiduo lector de *El Español* en su primera época se sorprenderá al encontrar en *Mort de Dama* a bastantes de los tipos que Miguel, el hermano de Lorenzo, sacaba a colación en sus secciones «El corazón me manda» y «El cuento de nunca acabar». Doña Obdulia o Aina Cohen, creados por Lorenzo, siguieron viviendo en la pluma de Miguel. Los Villalonga se gozaban en estos personajes tragicómicos, muy significativos en su anécdota, deliciosos.

Mort de Dama no tiene, en el fondo, más tema que el que desvela su título. La dama que muere es doña Obdulia, una mujer tan rica como pintoresca, autoritaria y mordaz. Alrededor de su agonía van apareciendo los parientes a la caza de la herencia, los vecinos chismosos, los amigos aristócratas. Le basta este sutil cañamazo a Lorenzo Villalonga para trasladar a su escrito el pequeño mundo de «los señores» de Mallorca. En el cuadro, el novelista ha invertido arte y malignidad por partes iguales, y notoriamente en dosis asombrosas. Villalonga registra con una ironía implacable la muerte —lo señala Salvador Espriu en el prólogo—, no sólo de la linajuda estantigua, sino la muerte de un tiempo, de una forma social, de todo lo que suponía «el barrio antiguo» de tradición descompuesta. A unos pasos de la locura exótica de los turistas, tan contagiosa, doña Obdulia se resiste a morir, pero se muere al fin, testando a favor de una sobrina imprevista, cupletera para mayor irrisión.

Corrosivo, lo es, en efecto, el libro de Villalonga. Se trata de «la creación de un artista que acepta sin protestas el espectáculo de la grandísima, de la irremediable estupidez humana». La sátira resulta de una violencia delicada, sin embargo, si es que cabe hablar así. Porque no es algo sano lo que se corroe. Naturalmente, tampoco existe en Villalonga el menor propósito moralizante. Quizá por eso —por eso y por lo otro— no es adecuado el calificativo de anarquista que, en el curso de una conversación, le colgara Cela. Lorenzo Villalonga es un espíritu cultivado, embebido de literatura

francesa, y su novela se alarga sobre una mordacidad algo gratuita, pero no injustificada, aprendida de los grandes escritores del XVIII. Sólo se aparta de esta línea algún breve momento de viva intención política, muy digno de ser meditado por nosotros, los valencianos: las alusiones al «regionalismo de varieté».

Por lo demás, el mundo de doña Obdulia es el del propio Villalonga. Él lo conoce desde dentro, y asiste a su decadencia no sin irisar su relato con un liviano deje de ternura. Como contrapunto de la sátira, este matiz afectuoso anima felizmente la evocación abigarrada de la vieja Mallorca. «*A la manera de un pequeño Proust*», dice Espriu: los personajes de Villalonga admiten comparación con los que rodeaban Swann, sólo que achicados por la provincia; en lo que el mallorquín se diferencia del francés –y salvadas las distancias– es el trazo, más propenso a la caricatura, al “esperpento” estilo Valle Inclán. Miss Carlota Nell viendo morir a doña Obdulia, exclamaba con entusiasmo: «*Oh, old Spain... Goya! Passion and mysticism... Spanish duennas... Lady's death!*». Lo grotesco, en suma, no sólo va a cargo de los indígenas. Dhey, esto es, Lorenzo Villalonga, ha hecho de todo ello una novela, quizá sin parangón entre las escritas en el país, vivaz y encantadora, que resiste sólidamente el paso de los años y de las modas literarias.

[*Levante*, 22 agost 1954]